

Sophie Saint Rose



*La joya
del
Yukón*

La joya del Yukón
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Samantha suspiró de alivio en cuanto la avioneta aterrizó y cogió su cazadora rosa antes de sujetar su enorme mochila por la correa— Gracias, Bill. Me has salvado la vida.

—No te preocupes, Sam. Dale recuerdos a Big de mi parte.

Ella sonrió al piloto de correos, que todavía estaba algo asombrado de lo que había cambiado en seis años— Se los daré de tu parte— dijo abriendo la puerta para salir de un salto.

Corrió por la pista de aterrizaje de Dawson hacia el edificio y se detuvo en la salida para mirar a su alrededor apartando un rizo rubio de la cara.

— ¡Sam!

Se volvió y corrió hasta George que la esperaba con una enorme sonrisa y los brazos abiertos— ¡Has venido!— dijo su viejo amigo abrazándola cuando llegó a él.

— ¿Cómo está papá?— la preocupación de su voz era palpable y George la apartó para mirarla bien.

—Se ha roto la pierna por tres sitios— dijo su amigo perdiendo su sonrisa.

Ella le acarició su mejilla llena de arrugas por los años y el duro trabajo que realizaba— ¿Pero está bien?

—Le verás tú misma y así te quitarás esa preocupación— dijo abrazándola otra vez— Que bueno es tenerte en casa, pequeña.

Ella se echó a reír— ¿En casa?

—Bueno, en nuestra casa móvil de verano— dijo riéndose pues era cierto. —Déjame que te lleve esto.

—Puedo yo. —miró a su alrededor— ¿Dónde está la camioneta?

—Es la roja— dijo cogiéndola por el hombro. — Dime ¿cómo van las cosas por el estrecho de Bering?

—He aprendido mucho— dijo guiñándole un ojo.

La miró orgulloso— Toda una ingeniera de minas. Tu padre parece un pavo real. No hace más que hinchar el pecho, hablando de su Sam. De cómo has recibido una beca para trabajar en una explotación minera de primer nivel y cómo los vas a dejar a todos con la boca abierta cuando te vean.

— ¿Todavía piensan que soy un chico?— preguntó divertida tirando la mochila en la parte de atrás de la camioneta.

—Para todos eres su Sam. No se ha molestado en aclarar tu sexo— dijo a punto de partirse de risa.

—Increíble. Llevo pasando los veranos en esta zona desde los doce años y tengo veintiséis. Y sólo sabéis que soy una chica, vosotros y el médico.

—Sabes porqué lo hizo tu padre. No quería que nadie se metiera con el tema de una niña viviendo en una explotación minera y después no dijo nada porque no te molestaran los chicos nuevos o los del pueblo.

Ella lo entendía. El mundo de la minería era machista y una mujer en una mina todavía se veía como algo raro. Había visto como trataban a algunas chicas con comentarios insultantes y su padre intentó protegerla todo lo posible. Sólo sabían que era una chica, George, Melvin y su padre.

Todos la habían llamado Sam desde siempre. Su pelo corto a lo chico y que sólo pasaba allí los veranos, vestida de vaqueros amplios y camisetas holgadas, aparte de la imprescindible gorra, hacían que nadie se hubiera imaginado nunca que fuera una chica.

Ahora ya era distinto. Ahora era Sam, pero en forma de chica porque ya no se podía disimular y ya había aprendido a cortar a un tío cuando se pasaba de la raya. Su padre se

había ahorrado problemas y a ella le había dado igual. Excepto por Allan Rutherford. Suspiró porque suponía que lo vería por Dawson.

Miró a su alrededor para ver lo que había cambiado la ciudad en los seis años que no había ido por allí por estar estudiando y trabajando en otros sitios. No había cambiado mucho.

No es que fuera muy grande, pero a ella le encantaba. Sería por todos los veranos que había estado allí, que habían sido los más felices de su vida. No es que bajara mucho al pueblo, pues se pasaba casi todo el tiempo en la mina, pero de vez en cuando su padre la llevaba con él. Sobre todo cuando tenía que pesar el oro para dar el diez por ciento a Rutherford. Primero al padre y ahora al hijo. — ¿A dónde vamos?

—Al nuevo hospital— dijo George sonriendo de oreja a oreja mostrando sus rechonchas mejillas— Cómo me alegro de que estés aquí.

— ¿Quién se encarga de la explotación? —su amigo apretó los labios y Sam se puso alerta— ¿Qué pasa?

—Estamos parados.

— ¡Pero si acabáis de empezar!

—Rutherford, nos ha parado. Sin Big, dice que no seremos capaces de ser rentables y que lo hace por nuestro bien. La verdad es que la concesión este año es una mierda.

— ¿No os dio la del año pasado?

—Sí. Estamos sacando unos seis gramos de oro por metro cuadrado de tierra.

— ¡Eso no da para los gastos!— exclamó furiosa— ¿Por qué no le reclamó mi padre otra concesión? ¡Los beneficios se van en gasolina!

Una explotación minera conllevaba tener maquinaria pesada. Desde volquetes, hasta camiones y excavadoras, que con sus enormes palas alargadas, movían la tierra de un lado a otro. Eso conllevaba mucha gasolina a la semana.

Con seis gramos de oro por metro de tierra lavada, no sobrevivirían.

—Rutherford le echó en cara la poca extracción del año pasado y es su concesión al fin y al cabo. Dice que el diez por ciento de nada, sigue siendo nada y que Big debería estar contento de tener un sitio donde trabajar porque nadie le daría otra tierra con lo poco que tiene para ofrecer.

Sam se mordió el labio inferior porque podía entender a Allan. Tenía concesiones por todo el Klondike. Esas tierras cerca de la frontera con Alaska, tenían más de cien minas que se explotaban todos los veranos cuando el tiempo lo permitía. En invierno era imposible debido a las bajas temperaturas y las nevadas, así que en cuanto empezaba la temporada los mineros del oro se trasladaban a la zona cuanto antes, para aprovechar el verano hasta finales de septiembre. El que tenía suerte y gran maquinaria que ofrecer, pues así trabajaría más rápido, recibía las mejores concesiones a cambio de un diez por ciento del oro. Su padre sólo tenía cuatro trabajadores y la maquinaria imprescindible, lo que era un círculo vicioso. A veces se tenía suerte y se empezaba a excavar en una zona que se había explotado poco y tenía oro, pero otras veces pasaba eso. Se recogía realmente poco. Muchos mineros se habían arruinado al insistir en la temporada en una zona pobre, pues les habían apremiado los gastos sin recibir ninguna recompensa. Se podían llegar a gastar cuarenta mil dólares en gasolina a la semana, lo que significaba una auténtica ruina sino se sacaba bastante oro.

—Así que os ha parado —dijo molesta.

—Sí— dijo apretando el volante. —No quiere que cuando Big salga del hospital se encuentre en la ruina—dijo aparcando ante el nuevo hospital.

—Veo que lo han terminado. —miró el edificio con una sonrisa.

—Hace dos años— dijo saliendo de la camioneta. — Me contaron que fue todo un acontecimiento.

—Después de todo el tiempo que esperaron por él, no me extraña— dijo divertida.

—Vamos a ver a Big. Está que se lo llevan los demonios, así que te advierto.

Ella sonrió radiante— Se va a enfadar más cuando me vea.

—Las enfermeras tienen unas ganas terribles de que le den el alta. —dijo abriendo la puerta.

Cuando llegaron a la zona de las habitaciones, George le indicó con la cabeza una puerta. Sonriendo la abrió muy despacio y vio a su padre con la pierna escayolada. Hizo una mueca al ver que la tenía sujeta por un cable al techo. Su padre tenía el mando de la televisión en la mano y refunfuñaba por algo.

— ¿Acaso ya eres demasiado viejo para subir a una excavadora?

Su padre la miró con sorpresa y después frunció el ceño – ¿Qué rayos haces aquí?

Ella se echó a reír y entró corriendo para tirarse sobre la cama para darle multitud de besos por toda la cara. Su padre la abrazó con fuerza— ¿Cómo está mi niña?

— ¿Cómo estás tú? Yo no estoy en el hospital— dijo mirando sus ojos azules iguales a los de ella.

Su padre la miró cogiendo uno de sus rizos rubios— Igualita que tu madre.

—Pero si soy como tú— dijo riéndose abrazándole otra vez— Te he echado de menos.

—Y deberías seguir echándome de menos. ¿Qué rayos haces aquí? Deberías estar aprendiendo con esos ricachones.

—Venir a verte. —se apartó para verle la cara— Tienes problemas.

— ¡Va! ¡Tonterías!— pero al desviar su mirada, Sam se dio cuenta que estaba muy preocupado.

—Muy bien. —dijo levantándose de la cama— Cuéntame todo. Y te advierto que no me mientas porque ya lo sé.

— ¿Entonces para qué quieres que te lo cuente?— re-funfuñó tirando el mando de la tele sobre la cama.

Se echó a reír divertida —Háblame de las tierras. Es el segundo año que estáis allí ¿verdad?

— ¿Para qué quieres saberlo?

— ¡Papá, no saldrás de aquí en un tiempo y no podrás trabajar cuando lo hagas!— dijo poniéndose seria— Perderás la temporada.

— ¿Y qué quieres que haga?

—Te sustituiré. Dirigiré tu concesión.

Reginal Wilcox se la quedó mirando muy serio— No dudo que estás más que preparada —ella se cruzó de brazos— pero Rutherford no lo aceptará.

— ¿Tú crees?—preguntó preocupada.

—Hija, sólo tengo cien mil dólares en el banco...

—No tocaré un centavo de ese dinero. Encontraré oro.

—Mi concesión ya ha sido muy explotada. No conseguirás oro. Seis gramos por metro te dan para subsistir.

—Encontraré un sitio de treinta gramos por metro— dijo decidida. — Y si tengo suerte...

—No sueñes. Llevas toda la vida en esto y sabes cómo es. Tienes que tener los pies en la tierra, Sam. Si consigues el dinero suficiente para pasar el invierno puedes darte con un canto en los dientes. —Por cierto, he estado pensando en mudarme aquí. Ya no usas la casa de California y...

— ¿Vas a vender nuestra casa?— no pudo evitar su asombro.

Durante el invierno vivían en California. Su padre aprovechaba para trabajar en una concesión que le cedían allí para aprovechar algo el invierno, mientras ella había ido a la escuela y a la Universidad.

— Por lo que tenemos allí, no conseguimos nada en invierno. Antes era una obligación para que tu tuvieras una

vida más o menos normal pero ahora...

—Pero aquí los inviernos son horribles, papá. Temperaturas bajo cero y aislamiento. —dijo asustada porque se hacía mayor. Se acercó a la cama y le acarició su pelo cano que antes había sido rubio— Dejaremos esa conversación para más adelante ¿vale? Ahora solucionaré esto.

—Si tienes que recurrir a los ahorros...

Ella sonrió— No cogeré nada. — le besó en la mejilla sonriendo — Y si tuviera que hacerlo, antes lo hablaría contigo.

—Ten cuidado. Prométemelo. Es un trabajo peligroso.

— ¡Eh! ¡Sé cuidarme sola!

Big sonrió acariciando su mejilla con su enorme mano — Lo sé. Te he criado bien.

—George y Melvin habrán tenido algo que ver.

—Va, casi nada.

Se echó a reír a carcajadas y en ese momento llegó la enfermera a darle la cena. Al enterarse de que era su hija se alegró mucho de verla. —Bueno papá, tengo que ir a ver al jefe.

—Estará en el bar. A estas horas siempre va a tomar una cerveza por si alguien quiera hablar con él.

Se puso su cazadora rosa— Pues vamos allá.

Su padre sonrió y ella le miró bien. La verdad es que la cama no era demasiado grande para su corpachón, pero había dormido en sitios peores. — ¿Cómo está la caravana?

— ¿A qué te refieres?

—Vale, puedo imaginármelo. — respondió divertida.— Tendré que limpiar una semana.

—La asistenta no ha venido.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Le lanzó un beso desde la puerta antes de salir y allí estaba George sonriendo a la enfermera. Sorprendida vio como le guiñaba el ojo a la chica, que debía ser sólo un poco mayor que ella— Vámonos, viejo verde.

— ¡Oye! Que todavía estoy de buen ver.

Ella le miró de arriba abajo. Desde sus vaqueros sucios, hasta su camisa de cuadros, con su camiseta de un color indescifrable debajo de ella. Los sesenta años que acababa de cumplir y su enorme barriga no le daban precisamente atractivo. — Claro George, todavía estás de buen ver.

Su amigo sonrió de oreja a oreja. —Melvin dice que los sesenta son los nuevos cincuenta.

—Ah, entonces tengo dieciséis.

Su amigo gruñó y ella se partió de la risa.

Fueron al Peter's, donde se reunían la mayoría de los mineros de la zona cuando querían comer decentemente o cuando simplemente querían cogerse una buena borrachera. Pocas mujeres iban allí o las que iban, era simplemente para ligar a un minero, así que ella no había entrado nunca. Divertida entró en aquel sitio mirando intrigada a su alrededor y se quitó la cazadora que llevaba, mostrando la camiseta ajustada azul que marcaba unos buenos pechos, que ahora eran imposibles de disimular.

—No sé si esto es buena idea— dijo George nervioso al ver como dos tíos la miraban.

La verdad es que su melena de rizos rubios y sus ojos azules, por no hablar de su preciosa figura, llamaban la atención en un sitio así. —Tranquilo, George. He aprendido a relacionarme con ellos.

— ¡No me cuentes esas cosas!

Ella sonrió divertida, como si pensara que hablaba de sexo o algo así. —Ven, allí hay una mesa y estoy muerta de hambre.

Eso pareció gustarle porque siempre estaba hambriento. Cuando se sentaron, siendo Sam el centro de atención, miró a su alrededor para localizar a Rutherford pero no le vio por ningún sitio— Dime, George. ¿Allan se ha casado?

— ¡Que va! Va de flor en flor, pero nada serio. Ese chico no sentará la cabeza en la vida. Es lo que tiene tener tanto dinero y una cantidad indecente de concesiones.

—Algún día compraré una concesión— dijo ilusionada
—Y trabajaré para mí.

—Dios te oiga, niña. Y que yo lo vea.

— ¿Te das cuenta que puedo ser tu jefa?

La risa de George se escuchó en todo el local y la camarera se acercó – ¿Qué pongo?

—Dos buenos filetes con patatas fritas y dos cervezas – respondió ella.

La camarera, que debía tener su edad, la miró fijamente— Tú no has venido nunca. ¿Eres nueva?

—No. Soy la hija de Big.

La chica se la quedó mirando— ¿De Big el minero?

—De ese mismo.

—Pero si sólo tiene un chico. Sam se llama. No para de hablar de él.

—Samantha.

La camarera la miró con la boca abierta— ¿Tú eres Sam?

—Gilli, tengo hambre— protestó George. – ¿No podéis hablar después?

— ¡Calla pesado, que esto es lo mejor desde que la mujer de Phil le puso los cuernos!

— ¿Y con quién se los puso?— preguntó Sam con los ojos como platos. — ¿Phil, el palizas?

— ¡Ese!— se sentó a su lado y dijo en confidencia— Pues se los puso con Mahoney, el de la tienda de cebos.

—No fastidies— dijo con cara de asco— Si le faltan dientes.

—Oh, eso era antes. Se fue a un dentista buenísimo que hay en Alaska y...

—Chicas, tengo hambre.

Gilli le miró hastiada— ¿Te das cuenta de lo que tengo que soportar?

—Una lata. — miró a la chica que era muy mona con su pelo negro recogido en una coleta alta y tenía unos bonitos ojos castaños— ¿Has visto a Rutherford?

—Estará al llegar. ¿Es por lo de la mina de tu padre?

—Sí, tengo que hablar con él.

—Entonces os pondré la cena rápido para que no la interrumpas.

—Gracias Gilli.

— ¡Dos cervezas!—gritó Gilli a los cuatro vientos— ¡Para la hija de Big!

Todos los mineros la miraron como si le hubieran salido dos cabezas y ella sonrió divertida. —Estupendo. Ahora sí que no cenaré— dijo al ver como se acercaba Ray Lamar.

—Big no tiene hijas. — dijo mirándola fijamente. —Su hijo se llama Sam.

Bien, mejor hacerlo bien a la primera para no tener que repetir. Se levantó de la silla y sonrió —Me llamo Samantha Wilcox y soy hija de Reginal Wilcox. —sonrió mirando alrededor— Vosotros lo llamáis Big y otras cosas peores — Los hombres se echaron a reír.

— ¿Tú eres Sam? Yo he visto a Sam y era un chico— dijo uno al fondo del bar.

— ¿Desde cuando ves bien, Marc? Siempre llevas un par de cervezas encima. —Las carcajadas recorrieron el local.

— ¿No vendrás por la concesión de tu padre?— preguntó Garrison acercándose con la jarra de cerveza en la mano.

—Oh, pues claro que vengo por ella.

—Allan no te la dará. —dijo un minero que no conocía. Tenía sobre treinta y cinco años y no parecía demasiado amistoso. Se podía haber duchado, pensó ella antes de contestar.

—No sé quién eres, pero eso lo hablaré con Rutherford y no creo que te importe.

—Me importa, porque si tu padre no vuelve, me la ha prometido a mí.

Esas palabras a espaldas de su padre la ofendieron. — Eso ya lo veremos.

—Dejar eso para después— dijo Gilli colocando ante ellos dos jarras de cervezas— Sam acaba de llegar y tiene hambre. ¿Cómo está tu padre?

Hizo una mueca cogiendo la gran jarra— Va a estar ingresado un tiempo. Y después no podrá trabajar en un mes.

—Se perderá la temporada. — apostilló George.

—Menuda mierda— dijo Gilli antes de volverse— Enseguida estará la comida, chicos.

Algunos seguían mirándola con los ojos como platos— Vamos chicos, me habéis visto mil veces, pero si queréis os puedo regalar una foto.

Varios se echaron a reír y ella miró a George. Su amigo estaba preocupado. —Lo arreglaré, confía en mí.

—Confío en ti, pero algunos siguen teniendo ideas muy raras sobre las mujeres en el Klondike. Algunos hasta piensan que dan mala suerte en las explotaciones, ya lo sabes.

—Allan no es tan retrogrado. Es un mujeriego y eso es lo que voy a explotar.

— ¿Qué vas a hacer?

— ¿Y estropear te la sorpresa?—se apartó los rizos rubios del hombro sonriendo pícaramente.

George gimió—Ten cuidado, con él no se juega. El año que viene tiene que darnos otra concesión.

—Y te aseguro que será la mina de las tierras altas. Las tierras más productivas de la región del Yukón.

— ¿Estás loca, chica? Esa la explota él. Y no hay nadie en Canadá al que le tenga tanta confianza como para explotarlas.

Soltó una risita— Pues le haré cambiar de opinión.

—Es tan imposible como que el sol salga por el oeste.

—Ya veremos. Primero empecemos con lo que tenemos entre manos.

Bebió un trago de su cerveza y miró a su alrededor. Abrió los ojos como platos al ver un hombre en la barra

que la miraba. Tenía su edad y había jugado con ella cuando tenía doce años en muchas ocasiones— Dios mío, ¿Albert eres tú?

El chico sonrió— Veo que te acuerdas de mí— dijo divertido.

—Claro que sí. Me enseñaste a llevar la excavadora. — se echó a reír— Mi padre por poco te mata.

—Ahora entiendo porqué— dijo algo molesto.

—Va, que tontería. ¿Qué más dará que sea una chica? ¿Nos divertimos juntos de niños o no?

Albert se sonrojó preguntando— ¿Por qué ocultó que eras una chica?

Ella levantó una ceja y todos se echaron a reír.

—Ahora ya no puede ocultarlo— dijo uno al fondo.

—Chicos, calmaos. Os comportáis como si no tuvierais una mujer en casa.

—Yo no me he casado— dijo Albert con segundas antes de que el grupo se echara a reír.

—Es demasiado para ti, chaval. Además Big te pegaría un tiro. —dijo George riendo, pero la advertencia había quedado ahí.

Sonriendo a Gilli que se acercaba con dos enormes platos le preguntó— ¿Se portan bien los chicos?

—Tienen sus días— dijo mirando a Albert como si quisiera pegarle un tiro.

— ¿No me digas que Albert tontea contigo?—las risas del local subieron de tono— Eso no es formal, Albert— dijo regañándolo— Ninguna chica te tomará en serio.

—De todas maneras no le toman en serio. —dijo otro.

— ¿Tú qué sabrás? —Albert se giró mirando a su compañero y Gilli le guiñó un ojo.

—Que aproveche.

—Gracias— miró su enorme filete y se puso a ello pues no había comido nada desde el desayuno. A George no hacía falta que le animaran.

Capítulo 2

Estaban comiendo a dos carrillos cuando se abrió la puerta del local y entró Allan hablando con un hombre que llevaba un mono negro de piloto. Sam masticó mientras le veía acercarse a la barra. Todo el local se había quedado en silencio esperando a ver que pasaba, mientras ella se lo comía con los ojos. Estaba incluso más guapo que la última vez que lo había visto seis veranos antes, desde que había empezado a hacer prácticas en los veranos y ya no se podía acercar al Yukón. Ya tenía treinta y cuatro años. Parecía más hombre. Su cuerpo era perfecto por el duro trabajo que realizaba y sólo llevaba unos vaqueros con una camiseta negra. Acostumbrado al tiempo de esa zona de Canadá, para él era verano y tragó saliva viendo los músculos marcados por la camiseta. Su pelo negro y sus ojos verdes la hicieron suspirar. Lo que no recordaba de él era su altura. Debía sacarle la cabeza. Aunque tampoco es que lo hubiera mirado mucho a la cara cuando había estado cerca en el pasado. En aquella época era tímida y como él pensaba que era un chico, nunca le hablaba. Apostaría a que si hubiera sabido que era una mujer hasta le habría pedido salir. Lo hacía con todas.

—Come— dijo George sacándola de su ensoñación. — Se te va a enfriar.

Ella sonrió y corto otro pedazo de filete mientras le escuchaba pedir dos cervezas a Gilli.

— ¿No vas a decirle nada?